



La Verdadera Belleza Camino del Humanismo Cristiano

Esteban Puig y Tarrats
Vice Gran Canciller USAT
14 de octubre de 2010

Me permitirán antes de empezar, hacer una pequeña aclaración. Durante mi disertación pasaré una cuantas dispositivas sobre los diversos puntos de mi lección. No sé si es poco académico usar diapositivas en una lección magistral. Pero, por otra parte pienso que en el caso del arte y de cualquier disciplina cuantos más sentidos intervengan en una lección resultará siempre más efectiva y didáctica. Quiero ofrecerles una serie de vistas del arte relacionadas con temas .sobre la belleza, el humanismo y la fe cristiana. Sería algo chocante, a mí entender, hablar de la Belleza y no palparla y gozarla al contemplar una obra de Arte. Mostraré principalmente -dada la brevedad del tiempo que dispongo- obras de arte religioso, no porque lo artístico y bello del arte cristiano sea lo único que tiene valor artístico sino porque las auténticas obras de arte religioso –aquí esta su fuerza y su impulso-, son un trasunto de la revelación y de la fe. En el arte religioso es donde más se observa que la fe se materializa en las formas, las técnicas, el color, la perspectiva y esa como atmósfera, espiritualidad, que rodea a la obra de arte: en templos, esculturas, imágenes, en el color y en la armonía musical. Por el arte se palpa, se percibe la belleza que es Dios. Después de esta aclaración, pasemos al tema.

Mi disertación se titula **“La Verdadera Belleza Camino del Humanismo Cristiano”**. El Documento del Pontificio Consejo para la Cultura, denominado: **Via Pulchritudinis** (*El camino de la Belleza*), resalta la Belleza como un camino privilegiado de evangelización, subrayando la urgencia de un nuevo esfuerzo apostólico de la Iglesia para evangelizar las culturas por medio de una enculturación efectiva del Evangelio. Además, se presenta como uno de los posibles itinerarios, quizá el más atractivo y fascinante, para comprender y alcanzar a Dios. La belleza penetró en todos los poros y fases de las manifestaciones artísticas del Humanismo. Es más, el Humanismo cristiano llegó a ser, en todos los aspectos culturales, una eclosión maravillosa del ser hombre, del ser mujer, cautivado por el esplendor de la belleza como camino hacia la Belleza suprema.

Nuestra Universidad Católica, atenta, desde sus inicios, en este caminar en busca de un pleno y total Humanismo, intenta -a través de sus Facultades, Escuelas e Institutos-, encontrar el gusto por lo bello y así conseguir un desenvolvimiento más adecuado y pleno en la formación de la persona. “La esencia de la formación universitaria, se ha dicho, no es otra cosa que la pasión por aprender y la audacia para tomar riesgos” (John Hennessy, rector de Univ. de Stanford). Debemos aceptar el reto pues nuestra Universidad tiene por lema: “Formamos Personas y mejores Profesionales”.



Desde un inicio sostengo, absolutamente, esta proposición: la belleza suprema, la belleza total, absoluta es Dios. A lo largo de nuestro proceder académico nos hemos preguntando varias veces: “¿Qué tiene la belleza que escritores, músicos, artistas contemplan y traducen en su lenguaje, sino el reflejo del resplendor del Verbo eterno hecho carne?” San Agustín, obispo de Hipona al hablar de la belleza en uno de sus sermones, afirma: “Pregunta a la belleza de la tierra, pregunta a la belleza del mar, pregunta a la belleza del aire dilatado y difuso, pregunta a la belleza del cielo, pregunta al ritmo ordenado de los astros; pregunta a la luna, que mitiga con su resplendor la oscuridad de la noche que

sigue al día; pregunta a los animales que se mueven en el agua, que habitan la tierra, y vuelan en el aire; a las almas ocultas, a los cuerpos manifiestos; a los seres visibles, que necesitan quien les gobierne, y a los invisibles, que los gobiernan.



Pregúntales. Todos te responderán:”Contempla nuestra belleza. Su belleza es su confesión. ¿Quién hizo estas cosas bellas, aunque mudables, sino la Belleza inmutable? (S. Agustín, *Sermo. CCXLI*, 2: PL 38, 1134)”



En todo lo que suscita en nosotros el sentimiento puro y auténtico de la belleza, está realmente la presencia de Dios. De nuevo S. Agustín en el libro *Confesiones* asegura: “¡Tarde te he amado, o belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Pero mira: tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera de mi mismo. Y deforme me lanzaba sobre las formas hermosas de tu creación...Tú me has llamado y me has gritado, has roto la sordera de mis oídos sordos; tú has brillado y tu esplendor ha expulsado mi ceguera; has exhalado tu perfume y yo lo respiré; aquí que por ti suspiro; tengo hambre de ti y sed de ti; tu me has tocado y yo ardo en el deseo por tu paz” (S. Agustín *Confesiones*, X, 27). Con razón se ha definido el Arte como: “belleza que toma cuerpo”. La belleza auténtica abre el corazón humano a la nostalgia, al deseo profundo de conocer, de amar, de ir hacia el Otro, hacia el más

allá., hacia “Cristo”, auténtica y verdadera “visibilidad” del Dios invisible” (*Homilía*, Juan Pablo II, 8.IV.1994).

El hombre llega a ser más hombre gracias a las humanidades y en concreto con las Artes Liberales como se decía antiguamente de cada una de las disciplinas que componían el *trivium* (tres artes correspondientes a la elocuencia: gramática, retórica y dialéctica) y el *cuadrivio* (matemáticas, aritmética, música, geometría y astrología o astronomía) Por eso la cultura cristiana insiste en presentar la belleza como soporte y motivo de su inspiración y de su creatividad.



El Santo Padre, Benedicto XVI, ante la espléndida restauración de los frescos de la Capilla Sixtina de Roma, -obra cumbre del genio humano- les decía a un buen número de artistas allí reunidos: “Descubrir el camino de la belleza, lo que es la belleza en sí, es redescubrir uno de los itinerarios, quizá el más atractivo, para llegar a encontrar

y a amar a Dios” (*Audiencia*, 18.Nov. 2009) ¿Quién no se emociona, -a no ser que sea un huérfano de sentimientos estéticos-, cautivado por la belleza de una noche oriental cuajada de rutilantes estrellas con la luna suspendida como lámpara votiva en lo alto del cielo? ¿No nos ha impresionado la belleza de una cara angelical, el encanto de la sonrisa de un niño, la fascinación de una mirada pura? No es sólo la belleza natural que se refleja en las obras de la creación lo que nos admira. ¿No anhelamos contactarnos con ese Ser Supremo tan cercano que ha derramado tanta belleza en el Universo entero? ¡Cómo se entiende hoy los esfuerzos que se realizan para preservar la naturaleza y librarnos de la

contaminación ambiental que afea y destruye lo más bello que tiene nuestro planeta tierra!



Bien lo expresó S. Juan de la Cruz, en el *Cántico Espiritual*: “Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura / e, yéndolos mirando, con sola su figura / vestidos los dejó de su hermosura”. Por esto, la búsqueda de la belleza que fuera extraña o separada de la búsqueda humana de la verdad y de la bondad, como por desgracia sucede, se queda en mero estetismo y en un itinerario que desemboca en lo efímero, en la apariencia banal y superficial. (Mensaje a las Academias Pontificias, 24.XI.2008). Se puede decir que el arte es la forma más perfecta de contemplación de la belleza. Dostoievski lo expresó de forma atrevida y paradójica, pero reflexiva: “La humanidad puede vivir sin la ciencia, puede vivir sin pan, pero nunca podría vivir sin la belleza, porque ya no habría motivo para estar en el mundo. Todo el secreto está aquí, toda la historia está aquí”



Además, así como la cultura humaniza, el arte “diviniza” las diversas y múltiples manifestaciones artísticas: sea: en la arquitectura, la escultura, la pintura, la música...De ahí que la relación clara y lógica entre Dios, Hombre y Universo, constituye el eje de las humanidades donde sobresale, entre ellas, la estética, la

belleza, (la ***Pulchritudo*** en latín), el más olvidado de los valores llamados en la filosofía “los trascendentales”. Por consiguiente, la fe se convierte en una catequesis viva, palpable, visible pues, a través de la materia (ya sea en mármol, en piedra, en colores, en armonías, en telas, en plata y oro, perlas y rubíes), moldea la materia para darle forma proporcionada y bella, a los elementos materiales que la naturaleza ofrece. Lo más prosaico y banal, se transforma así, en una obra trascendente y magnífica.



Platón definió la belleza como una “sacudida”, un aturdimiento que recibe el artista que le hace salir de si mismo, lo arranca de la resignación, del acomodamiento. Es entonces cuando, al contemplar la realidad, recibe como un rayo de belleza que como una flecha le hiere y arrebatada. “De este modo lo “despierta” y le vuelve abrir los ojos del corazón y de la mente, dándole alas e impulsándolo hacia lo alto”. Así se explica que un rayo de la belleza de Dios está en

todo lo creado. El artista es el “genial constructor de belleza” (Juan Pablo II, *Carta a los Artistas*, 1, 4.IV.1999) y guardián de la misma porque concibe, plasma y comunica los elementos esenciales del arte: la unidad, la verdad, la bondad, la verdad, la armonía, el gusto, el orden que configuran los elementos básicos de la auténtica obra de arte. “La verdadera esencia del arte –se ha dicho- es la

inspiración. Y la inspiración no es escuchar el dictado de una voz, sino la proyección del ser hacia el bien, hacia la belleza que capta el misterio de la esencia divina latente en la conciencia humana que se vuelca en las manifestaciones del espíritu, como el lenguaje, la imaginación, la emoción, el sentimiento... y se deja impregnar de la belleza que fluye de toda obra de arte”.



Hace unos quinientos años un grupo de intelectuales, artistas y universitarios crearon uno de los movimientos más radicalmente innovadores de la historia de la Humanidad. De la Humanidad tomaron las ideas y el nombre. Son los “Humanistas” y su movimiento como “el

Humanismo”.

Fue un auténtico renacimiento en todos los órdenes: la imprenta facilitó la lectura de los clásicos y de la literatura en general, favorecidos por los descubrimientos de valiosos documentos de la antigüedad guardados en los conventos y cenobios la filosofía griega y romana divulgó por todo el mundo sus ideas innovadoras que contribuyeron al desarrollo de nuevos movimientos intelectuales; el comercio internacional creó una red de puntos de venta e intercambio de tal magnitud que Europa estaba conectada con Asia y América, recién descubierta, y viceversa, de tal manera que los comerciantes y banqueros llegaron a constituir una clase social potente e influyente; las especias, drogas, obras de arte, telas, orfebrería, tapices y alfombras, objetos de adorno, perfumes, esencias, sedas, y variedades botánicas exóticas, encontraban un público ávido de poseer los objetos más inverosímiles sin poner mientes en los costos desorbitados que les pedían los mercaderes con tal de favorecer a los grandes señores, casas ducales y palacios, su poder y lujo exquisito y refinado. La inmigración se aceleró y crecieron las grandes ciudades donde los artífices extranjeros y maestros artesanos se agruparon en gremios artesanales para que fabricasen artículos suntuosos. Así surgieron las artesanías de tejedores de seda, orfebres de piedras preciosas, coral,

plata y oro, herreros, sastres, alfareros y ceramistas, y aún, criadores de caballos. La composición étnica de las urbes contribuyó a configurar una sociedad cada vez más abierta a la innovación y a la aventura.



Con el tiempo este nuevo movimiento humanista se fue propagando desde Italia –con la afluencia de los estudiosos bizantinos después de la caída de Constantinopla (1453) a manos de los turcos- hacia Alemania, Francia, Inglaterra, España, los Países Bajos, Polonia y Rusia sin dejar de lado Asia y América Latina desde su descubrimiento. El movimiento penetró en ámbitos como la teología y la educación, con lo que se convirtió en una de las principales causas subyacentes de la Reforma. La

cultura se enseñoreó del universo hasta el punto de que todo ciudadano soñó con ser filósofo, historiador o literato.



Las Humanidades se configuran como un conjunto de saberes y estudios relativos al hombre como ser inteligente y creador, gracias al embeleso de la belleza que emana de las ciencias, las técnicas y las Bellas Artes y Oficios. Su intención era configurar al hombre ideal, completo, culto, distinguido,

virtuoso, amante de los demás y de Dios. Además, surgía una aportación interesante e innovadora al poner de relieve una nueva imagen de mujer: culta, educadora, ejemplar, intelectual. Hoy día el concepto de humanismo, por desgracia, se ocupa en poner la mirada oblicua, sesgada en el arte griego y romano, pero al excluir lo divino – al “Dios desconocido” que S. Pablo proclamó vivo y operante en la belleza de sus magníficas y perfectas obras de arte- al no considerarlo como parte esencial del mismo, se desvanece en si mismo quedando reducido a una simple apariencia externa sin alma, sin aliento, sin gusto...amorfo. Por el contrario, las Bellas Artes –como definían los Humanistas-, cuando reciben

la inspiración divina, constituyen la firma del hombre que cree en Dios, de su fe, de sus creencias y de su creatividad, que marca la impronta, el rasgo exclusivo de su personalidad. Evidentemente, la creación es el reflejo de la belleza de Dios. Nunca se dio tanta importancia a la cultura y al hombre recurriendo a lo más grande del ser humano: su capacidad de crear, de pensar y de amar.



La cultura – conjunto de las manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo- se forja amplia y a cabalidad con el saber humanístico. El hombre jamás está solo, es modelado por una comunidad que le proporciona formas de pensar, de sentir y de obrar. A la cultura pertenece ante todo el idioma común, luego la constitución de la comunidad, es decir el Estado con sus formas de articulación, el Derecho, las costumbres, las concepciones morales, el arte, las formas del culto, etc.” El humanismo cristiano empapó y orientó toda la vida de una sociedad eminentemente humana y cristiana. Lo corporal y lo espiritual, gracias al aspecto humano y divino del cristianismo, manifestaban todo su esplendor y dignidad en las obras artísticas. La cultura cristiana insistía en presentar la belleza como soporte y motivo de su inspiración y de su creatividad. La Cultura cristiana tiene en mucha estima la Belleza en cuanto que Dios, suma Belleza, deja huellas de su paso por la creación y toda la naturaleza queda impregnada de esa presencia activa de Dios, de su “visibilidad” y de su providencia. Dios es el alma, el origen, la luz, el amor, en una palabra: ¡la Vida! De esta concepción surgían las obras de arte. Por esto la fe, impregna todos los elementos de la naturaleza y el artista la materializa y la expone a través de la obra de arte.

Entonces la fe, se hace arte.



Considero interesante desplegar, como en abanico y a modo de visión panorámica, la

efervescencia y vigor humanista creadora de una cultura humana y cristiana que empapó la vida y las costumbres de la sociedad cuya presencia activa se sirvió, especialmente, del barroco, un arte no oscurantista ni bárbaro, sino imbuido de un estilo nuevo y plétórico que surgió del Concilio de Trento como exponente de la Contrarreforma en oposición a la Reforma protestante.

Para entender mejor la vasta acción de las Humanidades y de los humanistas, quiero destacar como la técnica y la ciencia influyeron también en el desarrollo y en el avance de la civilización. Tres **descubrimientos** revolucionaron esta nueva era del arte y del saber: la **imprenta**, la **pólvora** y



la **brújula magnética**, amén de nuevos descubrimientos en el comercio, la navegación y la agricultura que fueron los instrumentos distintivos del fenómeno humanista. Con la invención de los tipos de molde a mediados del siglo XV por Johann **Gutenberg** (1400-1468), los libros y otros géneros literarios, pasaron a ser el pan de la vida cultural y cristiana. En menos de 60 años editores de toda Europa habían publicado las obras clásicas de la literatura y filosofía griegas y romanas, y, principalmente, la Biblia. La **pólvora** alteró la naturaleza de la actividad bélica. Recuérdese la victoria alcanzada por Mehemet II sobre Constantinopla (hoy Estambul) quien consiguió romper las tres inexpugnables murallas de los bizantinos gracias a los imponentes y monstruosos cañones de mayor alcance y fuerza fabricados por un holandés de nombre Urbas. La **brújula** permitió conocer con mayor precisión la posición en el mapa y aliviar la terrible tragedia de perder el rumbo al no aparecer las estrellas en noches cerradas o hacerse invisible aquella configuración caprichosa de la naturaleza que les servía de referencia para continuar el viaje y llegar a lugar seguro.



En el Perú el Humanismo cristiano llegó en todo su esplendor. Tuvo un común denominador, una sensibilidad abierta al ensueño y a la gustación de la belleza. Son pueblos “artistas”, con un mimetismo fiel con la naturaleza porque el color y la forma son los medios más comunes de expresar sentimientos. Llegó al Perú el estilo barroco que alcanzó cotas muy altas de belleza y, también, mucho del arte gótico y del mudéjar caracterizado este último por la conservación de elementos del arte cristiano y el empleo de la ornamentación árabe. Me atrevería a decir que no hubo otro lugar de Sudamérica que exaltara tanto la belleza en

las obras de arte como en el Perú. La belleza está plasmada, esplendorosa, tanto en la arquitectura, como en la escultura, la pintura, la platería, la orfebrería, el mobiliario, los marfiles, la música, objetos de culto, tela entretejida en oro y plata; guadamecí, la técnica del cuero adobado y adornado con dibujos de pintura o relieve; collares, perlas y brocados de la indumentaria suntuosa de las damas de la Corte... Es algo impactante y fabuloso.



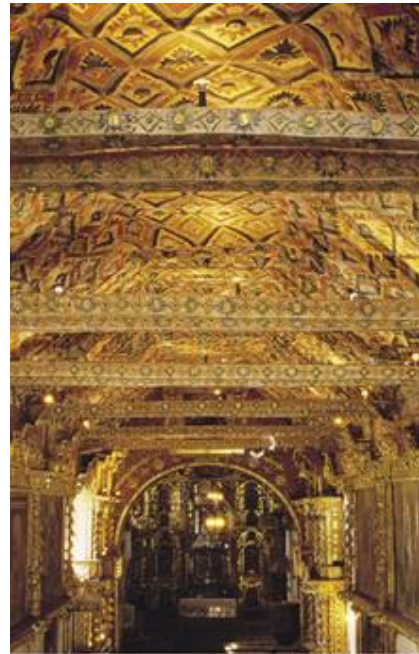
En el s. XVII, el arte en Lima, refleja aspectos de la sociedad Virreinal: **Iglesias, palacios, casonas, balcones, plazas y fuentes; pinturas conventuales de santos y fundadores o escenas bíblicas; imágenes de bulto, retablos, sillerías corales** talladas con maestría y elegancia en el diseño.

Proliferaron las escuelas y cofradías de artesanos, pintores y escultores. Los gremios estimulaban a los artistas para que plasmen las devociones de Santos y advocaciones de la Virgen María en pinturas ceñidas por soberbios marcos estofados en oro, con espejuelos incrustados con el afán de resaltar reflejos que motiven más la exquisitez y belleza de las Artes.



A todo eso hay que añadir que el arte peruano tuvo una peculiaridad singular. Si bien los artistas peruanos supieron plasmar la técnica y procedimientos europeos, supieron también incorporar, junto a las técnicas foráneas, los elementos característicos autóctonos. El arte peruano se unió en feliz maridaje con la cultura europea y así dio fruto, gloriosamente, el arte mestizo y virreinal. Los “estilos” eran idénticos, pero el “aire”, el sabor mestizo- americano, le daban una alegría y belleza exultantes. La feliz unión que supo imbricar lo europeo con lo peruano, llegó a tal punto de belleza, que los mismos artífices españoles se quedaron admiraron ante lo bello que resultaban sus obras. [[Mencionaré sólo unas pocas de ellas. El arte Pero todo esto no fue solamente en Lima.

En el arte cuzqueño resalta en el ensamble y la belleza de los muros ciclópeos incaicos y sobre tales cimientos se elevan, también en piedra, las Iglesias y conventos. Además del oro y pedrería conjugados armoniosamente en las **Custodias** y objetos de culto. En **Arequipa** los alarifes españoles, sorprendidos, alabaron el arte mestizo de los **frontispicios** de las Iglesias y las portadas de las casas señoriales labradas en piedra, denominadas planiformes y textilográficas, maravilla de habilidad, de temática y diseño. Admirar las pilastras inhiestas, esbeltas que se unen en el artesonado formando caprichosos



arabescos; los espectaculares **retablos** donde el oro destella en un dulce delirio con el intento de aproximar el esplendor del cielo a la tierra; las **imágenes** talladas y doradas en pan de oro, adornadas de joyas y perlas que resplandecen como las virtudes de los santos y vírgenes; los **púlpitos**...Debería hablar de las escuelas y talleres de Huamanga (Ayacucho), Cajamarca, Trujillo pero el tiempo corre...y no

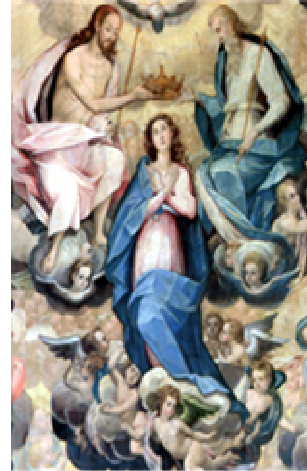
da para más. Por cierto y por verdad, el Virreinato fue el siglo de oro tanto en las artes como en las letras.



Angelino Medoro
Bitti



Perez de Alesio



Bernardo

A finales del siglo XVI arriban tres pintores académicos italianos: **Mateo Pérez de Alesio**, pintor del Virrey de gran renombre por su arte y finura; **Angelino Medoro**, 31a que legó un tipo de “madona” que hizo fortuna en el arte virreinal y el hermano jesuita **Bernardo Bitti**, el mejor de los tres, de talento imaginativo y sólida formación. Dejó preciosas pinturas de la Virgen María. Los tres crearon escuela con su estilo “manierista”, un estilo refinado esteticista y elegante a la “manera” italiana.

En cuanto a la **Escultura** propiamente dicha no la hay. Hubo, sí, **talladores de imágenes en madera** policromada con encarnación, de un realismo impresionante y de gran expresividad en los rostros. Ante estas imágenes, tan realistas, las personas se conmueven y rompen a llorar al paso por las calles en procesión o cuando permanecen en la penumbra protectora en las hornacinas de las Iglesias.



Llorar amargamente es la mayor muestra de esta piedad emocionada, patética, intuitiva y tierna. Todavía recuerdo cuando José María Argüedas, escritor indigenista, estando en la Iglesia parroquial del pueblo de Lunahuaná, pueblo de la provincia de Cañete, fijó los ojos atentamente en una imagen de

bulto de la Virgen María y exclamó conmovido al comprobar los rasgos netamente indios de la imagen: -“¡Esta es nuestra, esta es nuestra!”

Al final, permítanme un deseo muy sentido. Pienso que nuestra universidad va acercándose a la plenitud de estos tres siguientes conceptos básicos que he señalado en otras oportunidades: “Verdad – Libertad – Amistad”. Se trata de ir creando nuestra “tradicción universitaria”, “nuestro estilo” propio, que se forjan en el expresivo lema de las antiguas y añejas universidades: “Vivat, crescat, floreat”, que viene a decir: “Que viva en la verdad, que crezca en la libertad y que florezca en la amistad.”



A los estudiantes, Profesores, personal de servicio y administrativo, quisiera decirles que reflexionarán lo que decía Franz Liszt, el pianista más influyente del

siglo XIX, del gran compositor y organista Johann S. Bach: “*Con Joseph Elsner, director del Conservatorio de Varsovia, aprendió [Bach] lo más difícil de aprender, o sea a exigirse mucho y a apreciar el valor de lo que sólo se puede adquirir mediante la paciencia y el trabajo*”. Muchas gracias.

Esteban Puig y Tarrats

Vice Gran Canciller

Aula Magna “Mons. Ignacio María de Orbegozo

14 de Octubre de 2010